



Mari Carmen Serra Puche

“Don Pedro Bosch-Gimpera, una semblanza afectiva”

p. 43-52

*Nostris magistris hispanis ex exilio provenientiibus  
Homenaje a 70 años de la Guerra Civil Española*

Alicia Mayer (coordinación y presentación)

México

Universidad Nacional Autónoma de México  
Instituto de Investigaciones Históricas

2007

110 p.

(Serie Divulgación 8)

Figuras

ISBN 978-970-32-4996-1

Formato: PDF

Publicado en línea: 13 de diciembre de 2019

Disponible en:

[http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/481/nostris\\_magistris.html](http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/481/nostris_magistris.html)

D. R. © 2018, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



INSTITUTO  
DE INVESTIGACIONES  
HISTÓRICAS

SEGUNDA PARTE

HOMENAJE A LOS EXILIADOS  
DEL INSTITUTO DE INVESTIGACIONES HISTÓRICAS



INSTITUTO  
DE INVESTIGACIONES  
HISTÓRICAS



INSTITUTO  
DE INVESTIGACIONES  
HISTÓRICAS

PEDRO BOSCH-GIMPERA  
1891-1974





## DON PEDRO BOSCH-GIMPERA, UNA SEMBLANZA AFECTIVA

MARI CARMEN SERRA PUCHE

Instituto de Investigaciones Antropológicas, UNAM

Don Pedro Bosch-Gimpera nos saluda todos los días a la entrada del Instituto de Investigaciones Antropológicas. Su imagen nos recuerda que “abrió a los estudiantes mexicanos una puerta grande de horizontes y perspectivas insospechadas”. Podríamos hablar de él de tantas formas, llenas de expresiones de admiración: “sabio por excelencia, afable, bueno, simpático”... —como lo han señalado ya algunos de nuestros colegas.

Presento aquí una breve semblanza afectiva de don Pedro Bosch-Gimpera. Permítanme referirme, por ello, a algunas facetas de su vida, intercalando algunos recuerdos personales.

Como sabemos, don Pedro nació en Barcelona en 1891. Se doctoró a los veinte años en Letras, y a los veintidós en Historia. Inició sus trabajos arqueológicos en 1915, produciendo una de sus obras más importantes, *Etnología de la Península Ibérica*.

Él y sus colaboradores participaron en el Congreso Universitario Catalán en 1919 en el que se inició el movimiento en favor de la reforma universitaria en Cataluña, la cual se logró en 1931. Redactó un anteproyecto de *Estatuto de Autonomía*, uno de los antecedentes que fueron tomados en cuenta para redactar el que rigió posteriormente a la Universidad Autónoma bajo la República.

Actuó como decano de la Facultad de Filosofía y Letras (1931-1933) y como rector de la Universidad de Barcelona de 1933 a 1934, y de 1936 a 1937, después de un lapso en el que fue privado de su libertad. Formó parte activa del Instituto d'Estudis Catalans, organizó el servicio de excavaciones y, como buen catalán, fue catalanista. En alguna de sus clases hicimos la broma de que quizá llegaría

algún día a decirnos que el origen del vaso campaniforme —uno de sus temas preferidos— estaba en la Plaza de Cataluña.

En su desempeño como rector, tanto el espíritu como el conocimiento de lo que debe ser una auténtica universidad estaban presentes. Catedrático en esencia, aun los cargos administrativos los llevaba adelante más como académico que como algo meramente burocrático, pues él continuaba realizando sus tareas de campo, escribiendo e investigando.

Después de la Guerra Civil Española emigró a Inglaterra, y en 1939-1940 fue profesor huésped en la Universidad de Oxford. A finales de 1940 vino a América, visitando Panamá y Colombia; finalmente llegó a México, en 1941. De 1945 a 1947 fue profesor en la Facultad de Humanidades en la Universidad de San Carlos, en Guatemala, reconocido como profesor honorario fundador en 1945. De 1948 a 1953 fue jefe de la División de Filosofía y Humanidades de la UNESCO, en París, y secretario general de la Unión de Ciencias Antropológicas y Etnológicas (1953-1966).

Gran prehistoriador, reconocido mundialmente, se dedicó básicamente a la prehistoria y protohistoria del occidente de Europa. En sus trabajos abarcó la zona del Mediterráneo, e incluyó estudios sobre los celtas, griegos, iberos, y otras culturas. Asimismo analizó el arte prehistórico. Sus hipótesis sobre el fechamiento del arte rupestre levantino fueron rechazadas durante mucho tiempo; sin embargo, estudios recientes han comprobado que eran ciertas, hecho que lo señala como a un gran innovador.

El conocimiento universal que tenía le permitió situarse dentro del contexto mundial, y al vivir en México se interesó por el poblamiento de América, aportando hipótesis que hoy resultan comunes entre los estudiosos del tema, al inferir un poblamiento de América a partir de 35 000 a. C.

Desde 1943 se interesó por “las posibles conexiones entre las culturas de Norteamérica y las del Viejo Mundo”, por lo que escribió acerca de la prehistoria americana. Diez años más tarde, en 1953, publica *Asia y América en el Paleolítico Inferior; supervivencias*, en el que reúne la información existente hasta ese entonces.

En relación con la prehistoria americana, don Pedro se interesó también por las pinturas rupestres y los petroglifos; estudiaba la

posible introducción de la cerámica japonesa en Ecuador y la difusión de rasgos procedentes del Viejo Mundo en las culturas americanas. Nuevamente, emitía hipótesis que, aunque no comprobadas, han servido para abrir nuevos caminos en la investigación.

Resultaba muy difícil seguirlo por sus itinerarios históricos, desde Siberia hasta el sur de África, remontando sierras, valles y ríos de los que sabía perfectamente el nombre, y que muchas veces ni siquiera aparecían en los mapas. Nos aseguraba que el mapa estaba equivocado y, efectivamente, lo estaba. Con gran humor fumaba un gran puro que nos mareaba, pues su cubículo del Instituto de Investigaciones Antropológicas era muy reducido.

Al regresar a México, en 1953, se reincorporó como profesor en la UNAM y en la Escuela Nacional de Antropología e Historia. A los estudiantes mexicanos don Pedro les abrió puertas y horizontes insospechados. Después de su muerte no ha habido en México ningún arqueólogo que pudiera darnos aquellas clases, de manera que, actualmente, éstas se dan en varias materias en las que don Pedro se bastaba por sí solo y, además, con lujo de detalles. Aquellos que tuvimos la suerte de recibir sus cátedras, primero en la ENAH y después en el doctorado de la UNAM, lo recordamos siempre con especial cariño.

Don Pedro Bosch es parte de ese grupo de antropólogos, historiadores y arqueólogos que vinieron a estas tierras americanas y mexicanas, grupo del que tuve la suerte de conocer a varios, de escucharles en sus lecciones y aprovechar sus conocimientos y enseñanzas, tanto en el ámbito profesional de nuestras disciplinas como en la percepción de la vida y en el sentido que cada uno queremos imprimirle.

De esos maestros nunca dejaremos de hablar, y siempre nos quedará la sensación de que hay tanto que decir, y de que las palabras no son, en ocasiones, lo suficientemente exactas para describir toda la riqueza de su trabajo y todo lo que hicieron por México y por las instituciones en las que les tocó realizar sus trabajos.

Fuimos muy afortunados al recibir la herencia de principios y valores fundamentales de esos ilustres españoles, científicos e intelectuales que dejaron todo “en el esfuerzo de un pueblo que se propuso subir la escalinata de la especie para sentar al ser humano en el lugar que le corresponde”, como algún día lo expresara el doctor José Puche.

Sabemos, porque varios de ellos nos lo hicieron ver, que todo puede cambiar, todo puede abandonarse o perderse (bibliotecas, puestos públicos, rectorados), por una defensa integral de la libertad de pensar. No fueron unos cuantos sino muchos los que tuvieron la capacidad de reconstruir y de modificar sus vidas en forma siempre positiva en bien del conocimiento, de la ciencia y de las instituciones que crearon o en las que participaron, y a las que hicieron gran aporte con sus ideas, sus reflexiones y enseñanzas, mucho de lo cual podemos descubrir en su valiosa obra.

Los españoles que llegaron a México eran escritores, intelectuales, hombres de ciencia, maestros, obreros calificados, políticos. Una emigración masiva de la inteligencia en plenitud. Su llegada coincidió con el inicio de una importante etapa del desarrollo económico, social y cultural de México, y su legado fue valioso y oportuno en ese momento de la historia contemporánea de nuestro país.

La Casa de España, convertida en El Colegio de México a partir del 8 de octubre de 1940, acogió a varios de esos profesores, entre ellos al doctor Bosch-Gimpera. Y, además, muchos profesores pasaron a formar parte del personal académico de la UNAM, del Instituto Politécnico Nacional y del Instituto de Antropología e Historia. Otros se incorporaron a centros científicos y algunos encontraron acogida y ubicación en las universidades de Michoacán, Guadalajara, Guanajuato y otras.

Varios de ellos se integraron a labores similares a las que habían dejado en su país, dando paso a una nueva concepción de la tarea universitaria que, a la larga, se traduciría en un gran impulso al profesionalismo académico, en la docencia o en la investigación, pero existían algunas limitaciones como la exigencia de ser mexicano por nacimiento para ocupar determinados cargos en las estructuras administrativas del país. De esta manera, muchos de esos *transerrados* llegaron a tener las posiciones académicas más altas, pero no las funciones administrativas como podría ser la dirección de centros de enseñanza o de investigación. Esta limitación produjo en algunos una dolorosa experiencia, pues se enfrentaron a la realidad de pertenecer a dos países sin llegar a ser de uno de manera completa.

Por fortuna, en el campo de la antropología las condiciones fueron favorables a la asimilación de los exiliados españoles. La nueva forma del indigenismo que había surgido en México durante la Revolución, gracias a la obra de Manuel Gamio, basada en un estudio profundo e integral de los valores indígenas —y depurando con ello no pocas fobias antihispánicas—, ofreció una perspectiva más abierta. Para algunos exiliados se presentó como un campo interesantísimo donde pudieron poner en práctica los conocimientos antropológicos adquiridos en el Viejo Mundo.

Entre ellos, los doctores Bosch-Gimpera y Juan Comas son, acaso, los que más se identificaron con estas nuevas corrientes indigenistas. Juan Comas, en especial, fue amigo y colaborador de Manuel Gamio; pero la mayoría de los exiliados estaban preparados para las tareas y los riesgos de una antropología comprometida y un ejercicio profesional crítico.

Para el caso de las ciencias del hombre es importante hacer una distinción de aquellos pocos que llegaron a México ya bien formados y con un currículum larguísimo, como era el caso de don Pedro Bosch-Gimpera.

La Escuela Nacional de Antropología (1940) tenía en sus años iniciales un convenio en que se asentaba la no existencia de estudios en las disciplinas antropológicas en la UNAM, por lo que, al no encontrarse dentro de las facultades universitarias, el contacto con la Universidad Nacional de aquellos que habían estudiado antropología no se dio a nivel de alumnos y maestros, sino como investigadores asociados a la Sección de Antropología del Instituto de Investigaciones Históricas. Esta Sección fue creada en 1963 e incorporó a investigadores de la talla de Mauricio Swadesh, Paul Kirchhoff, Pablo Martínez del Río, Juan Comas y el propio Pedro Bosch-Gimpera.

Debemos recordar también que existieron diferencias específicas entre los dos grupos generacionales de antropólogos españoles exiliados. El primero aceptó, en mayor o menor grado, el compromiso de una antropología crítica en virtud, sobre todo, de su conciencia política. Tenía además una visión amplia del trabajo académico y de la labor didáctica, pues en España el trabajo de profesor estaba acompañado de prestigio social.

Para el segundo grupo, el que se formó en México, la práctica de una antropología crítica resultó además inseparable de su propia formación en el medio mexicano. Los más jóvenes asumieron la tradición crítica de la antropología mexicana, con la característica de ser ya antropólogos mexicanos.

Don Pedro formó parte de innumerables instituciones científicas y fue asiduo participante en múltiples congresos, entre ellos el XLI de Americanistas, realizado en México en 1974, el año de su muerte. A lo largo de su vida presentó un sinnúmero de ponencias en diversos foros, promoviendo muchas otras por parte de sus alumnos, hacia cuyos trabajos manifestaba un gran respeto.

Algunas de sus más de trescientas obras son: *La historia catalana* (1919), *La arqueología prerromana hispánica* (1920), *Etnología de la Península Ibérica* (1932), *El poblamiento antiguo y la formación de los pueblos de España* (1945), *El Próximo Oriente en la Antigüedad* (1964), *El problema indoeuropeo* (1968), *La Universitat i Catalunya* (1969), *Historia de Oriente* (1971), *La América precolombina* (1971), *Las raíces de Europa* (1974), *La América prehispánica* (1974).<sup>1</sup>

De los muchos recuerdos de don Pedro que han quedado con nosotros, hemos recogido éste que nos transmitió su hijo, el también querido Carlos Bosch García:

Ayudar a construir una escuela, abrir un museo nuevo o llevar la universidad a las fábricas y a los pueblos debieron ser verdaderos deleites para él, porque respondían a una forma de saciar necesidades de sus semejantes, para él fundamentales. Asistí a la inauguración del Museo de Arqueología de Barcelona y recuerdo su satisfacción...

Así, se mantienen vivos entre nosotros muchos de aquellos gratos recuerdos de ese gran hombre que imaginó y construyó varias instituciones, un sabio humanista que con sus valores, su pasión por la historia, sus estudios y excavaciones en muchos lugares del mundo aportó nuevas teorías y nos ofreció muchas luces sobre el pasado y las hazañas del hombre.

<sup>1</sup> Otros datos biográficos e información sobre algunas de sus obras pueden encontrarse en el artículo y las notas de José Manuel Quesada López: "La arqueología española en el exilio mexicano", en: <http://dieumsh.qfb.umich.mx/madridmexico/pedrobosch.htm>.